

# La Casa Blanca y la «Ostpolitik» de Willy Brandt

Las relaciones entre Bonn y Washington parece que se han enturbiado últimamente: importantes personajes de la Administración norteamericana han pedido a Richard Nixon que ponga freno a las iniciativas intempestivas de Willy Brandt. Se trata, claro está, de la política de apertura al Este del canciller alemán.

El asunto reviste tanta gravedad, que se ha enviado al secretario de Estado, Horst Ehmke, íntimo colaborador de Brandt, para que trate con los norteamericanos a fin de «disipar ciertos malentendidos». En Bonn parecen «asustados» por las reservas y la firme resistencia con que tropieza la Ostpolitik entre los dirigentes norteamericanos.

Los principales objetores a la nueva política de Bonn son Henry Kissinger, consejero principal del Presidente; Melvin Laird, secretario de Defensa, y Martin Hillebrandt, principal experto en asuntos alemanes en el Departamento de Estado, a los que se han unido últimamente el general Lucius Clay y John McCloy, ex altos comisarios americanos en Alemania.

Washington se queja de que Brandt está tratando de acelerar sus negociaciones con el Este y de que tiene intención de negociar directamente con la R. D. A. sobre el problema de Berlín, sin tener en cuenta los «intereses esenciales estadounidenses».

Dos hechos en particular han provocado la reacción norteamericana a que nos referimos: en primer lugar, los norteamericanos observaron con sorpresa que Bonn hacía algún tiempo que había dejado de evocar la famosa «fidelidad a la Alianza Atlántica» en cada una de sus declaraciones. Henry Kissinger declaró a este propósito: «Desde la conclusión de los tratados con Moscú y Varsovia, Brandt parece

distanclarse de nosotros para practicar una política autónoma...». A continuación, la Casa Blanca muestra su inquietud ante la voluntad, más o menos claramente formulada por los dirigentes de la República Federal, de entablar conversaciones directas con la Alemania Oriental en torno a las comunicaciones con Berlín, aun cuando los dos Gobiernos alemanes no recibiesen un mandato de las cuatro potencias para emprender esas negociaciones.

Los dirigentes norteamericanos se han mostrado sorprendidos por el hecho de que estas negociaciones pudie-



Henry Kissinger: Oponente a la Ostpolitik de Willy Brandt.

sen celebrarse sin su previo acuerdo. Es más, consideran que el canciller Brandt ha actuado con duplicidad después de haber declarado que no emprendería acción alguna sin la opinión favorable de sus aliados. Para los americanos, Brandt ha procedido sin tener en cuenta para nada las posturas de Londres, Washington y París.

La Casa Blanca ha reaccionado: los dirigentes norteamericanos están dispuestos a rechazar las propuestas alemanas, formuladas en una serie de mensajes enviados la semana pasada a las capitales occidentales, de dotar de carácter permanente a las reuniones de los cuatro embajadores en Berlín. En este sentido se declara en Washington: «No tenemos prisa, esperamos que los soviéticos formulen propuestas realistas y nos ofrezcan garantías serias en lo que respecta a la libertad de acceso a Berlín-Oeste».

Pero, consciente de que el tiempo puede jugar en contra suya, Willy Brandt tiene prisa, tanto más cuanto que ha proclamado, quizá por imprudencia, que la ratificación de los tratados de Moscú y de Varsovia estaba subordinada a una solución satisfactoria del problema berlinés. El canciller alemán ya no puede dar marcha atrás:

la Ostpolitik por él concebida y en la que ha comprometido todo su prestigio necesita de un éxito inmediato. Los soviéticos lo han comprendido bien y parecen dispuestos «a pisar el acelerador» presionando sobre sus aliados, mientras que los norteamericanos, preocupados por la «voluntad de autonomía» del canciller, quieren, por el contrario, hacer uso del freno.

Ante esta situación, que en Bonn algunos califican de «crisis de confianza», es lícito preguntarse si la Ostpolitik no irá a tropezar con serias dificultades. ■ GERARD SANDOZ.

## URUGUAY

# Los tupamaros ahuyentan a los turistas

Dos millones de turistas, argentinos en su mayor parte, tendrán que renunciar este año a sus habituales vacaciones anuales de Punta del Este. Los responsables de esta futura ausencia son los ya célebres tupamaros, que han anunciado un «verano caliente». En efecto, la policía declara haber descubierto hace unos días, en los servicios de un café de Montevideo, un comunicado en el cual los militantes de extrema izquierda del Movimiento de Liberación Nacional expresan su voluntad de «no dejar en las playas más que la arena». Esta «advertencia» ha conseguido amedrantar hasta a los más valientes.

«¡Prohibido el sol a los lagartos!».— Con su enorme superestructura hotelera, Punta del Este es, desde hace diez años, el lugar de verano más «selecto» de toda Latinoamérica. Los chalets más lujosos del continente se extienden a lo largo de sus doradas playas, protegidos del viento por sus pinas. Un grupo de promotores —algunos argentinos— han dotado a «la Punta», como se la llama familiarmente, de cientos de restaurantes, de clubs y de cabarets. Las principales «boutiques» de Buenos Aires han instalado sucursales en Punta del Este, en las que es posible comprar artículos de exportación sin gravar.

Este paraíso para ricos corre hoy el peligro de convertirse en un paraíso perdido.

No es la primera vez que los tupamaros se manifiestan en Punta del Este: ya en 1967 realizaron en un casino de San Rafael un espectacular atraco, cuyo producto fue casi tan importante como el del «robo del siglo» que los mismos guerrilleros cometieron este año en un banco central de Montevideo: 410.000.000 de pesetas en joyas.

No obstante, a pesar de estas espectaculares acciones, las amenazas proferidas por los tupamaros no fueron tomadas demasiado en serio hasta que los turistas fueron avisados individualmente de lo que muy bien podía sucederles.

En el momento de firmar los contratos, los arrendatarios de apartamentos y de chalets empezaron a recibir cartas, firmadas con una estrella de cinco puntas y en las que se declaraba: «Lagartos (así es como llaman a los turistas los tupamaros), este año no habrá sol para vosotros en Punta del Este».

El efecto ha sido inmediato. Los «lagartos» han anulado sus contratos y han decidido marcharse a otra parte. Este éxodo agrava, en la hora actual, la crisis económica de Uruguay, ya que el turismo es uno de las principales fuentes de ingresos del país.

Habitualmente es imposible encontrar una habitación libre a cien kilómetros a la redonda de Punta del Este ya a partir de septiembre. Este año, y a pesar de los esfuerzos de los promotores para tranquilizar a sus clientes y a pesar de una reducción del 45 por 100 en las tarifas, Punta del Este está vacía. Las agencias han vuelto a bajar sus precios, y la mayoría de los propietarios han puesto en venta sus casas, pero sin que hayan tenido mucho éxito.

El Gobierno ha cedido.—Para demostrar que «el verano caliente» formaba parte de su proyecto de «escalada en la lucha de clases», los tupamaros prometieron respetar una de las playas de «la Punta»: Maldonado, lugar de reunión de estudiantes y campistas. Con ello se han marcado un tanto.

Como se han apuntado otro tanto obligando al Gobierno de Montevideo a hacer una serie de sustanciales concesiones, por más que éste no lo confiese públicamente. Los atentados destinados a replicar a las torturas infligidas a los revolucionarios encarcelados son cada vez más frecuentes, y la policía evita, desde hace ya algunas semanas, los malos tratos a los detenidos.

Las autoridades uruguayas se han visto obligadas, por otra parte, a actuar como agentes de relaciones públicas de los tupamaros. En efecto, como la censura prohíbe a la prensa la mención de «acciones sediciosas» y como los periódicos han de dar un mínimo de informaciones, el Departamento de Prensa del Gobierno ha decidido publicar, dos veces diariamente, comunicados en los que los tupamaros cuentan sus propias hazañas. ■ SIVIA RUDNI.

